

CAPÍTULO XIV

SUMARIO

197. Celebración de los oficios y Sacrificio divinos en las catacumbas de las diversas regiones del mundo.—**198.** Agapes.—**199.** Asambleas particulares.—**200.** Sagrados órdenes y Concilios celebrados en las catacumbas.—**201.** Frescos en los que se hallan representados los divinos Misterios.

197. Las horribles persecuciones contra la Iglesia no sólo tenían efecto en la suntuosa capital de los emperadores paganos, sino también en las demás provincias sujetas al yugo de los mismos. Correlativo con esto, era, el que los discípulos del Crucificado, oriundos de semejantes provincias, buscasen un lugar de reposo para sus difuntos, de asilo para sus propias personas, y de piedad para celebrar el divino culto. En los cementerios subterráneos cristianos hallaban el cumplimiento de tales diferentes objetos: eran las humildes capillas á la par que las magníficas y esbeltas basílicas, donde se verificaban los prodigios más estupendos, pues Cristo Señor Nuestro bajaba á ellos todos los días para estar presente en el Augusto Sacramento. Nuestros padres en la fe, que con razón pudiéran denominarse necropolíticos cristianos, por habitar casi continuamente en los cementerios, tenían sumo gusto de vivir en su recinto, sólo por alimentarse del Pan de los ángeles, cuya privación era para ellos, mayormente en aquellos tiempos de aflicción, el mayor mal y el peor castigo.

Que hiciesen esta penosa y santa vida en las catacumbas de otros países extraños al de Roma, lo acreditan varios fidedignos testimonios: Juliano el Apóstata, cuya autoridad no es sospechosa, afirmaba de los cristianos en general, que dormían en los sepulcros y en las cuevas por razón del cansancio que la persecución les causaba. El prefecto Emiliano decía á S. Dionisio Alejandrino (1): «No es lícito á vosotros congregaros en ninguna parte, ni reuniros en lo que llamáis cementerios».

Mas el cardenal Bona (2) aduce tres autoridades para confirmar el presente asunto. La una es sacada de los hechos de la purgación de Ceciliano y de Félix, que dice: «los ciudadanos cristianos entraron en sus cementerios». Poncio, al hablar del edicto de Valeriano, se expresaba de esta manera; «Justo es (3) que no celebren ningún conciliábulo ni que entren en los cementerios»; de lo cual se desprende que estas determinaciones fueran dadas para lugares ajenos á la ciudad de Roma; y en efecto, los sacerdotes de Alejandría y Egipto, juntamente con los demás cristianos, celebraban el agosto Sacrificio en las catacumbas de estos países. Respecto á Francia, poseemos la autoridad de Graciano (4), apóstol de Tours, el cual testifica que muchos de los sacerdotes, á causa de las violencias de los prefectos, se refugiaban con varios cristianos en las criptas y cementerios, y allí solemnizaban la Santa Misa y demás funciones del divino culto. Y con efecto; á él mismo aconteció que durante el tiempo que catequizaba á idólatras turonenses, se veía obligado á celebrar el Sacrificio en profundos subterráneos; y aún en nuestros días se exhibe, no lejos de Marmontier, una caverna donde aquel santo apóstol celebraba el Augusto Sacrificio. El barón de Henrión añade, que la Iglesia de Metz fué fundada por S. Clemente que arribó allí mientras arre-

(1) Nullatenus licebit vobis conventus agere, aut ea quæ vocantur cœmeteria adire. Apud Euseb. lib. 7 hist., cap. 11.

(2) Rerum liturg. lib. I, cap. 19.

(3) Justum est ut nulla conciliabula faciant, neque cœmeteria ingrediantur.

(4) Hist. Franc., cap. 31.

ciaba la persecución, por lo cual se vió precisado á celebrar los terribles Misterios en unas cavernas antiguas del anfiteatro gentilico (1). Otro tanto podemos asegurar respecto á las islas Británicas, según demuestra el erudito Alfordo (2); en efecto los cristianos de estos países, convertidos por la predicación inmediata del apóstol S. Pedro y por otros once santos, juntamente con José de Arimatea, llegaron á estas islas el año 31, después de la Pasión del Salvador, y poseyeron públicas y magníficas Iglesias; mas cuando arreciaron las persecuciones no tuvieron otro remedio que desampararlas y esconderse en los cementerios á fin de poder celebrar el augusto Sacrificio; esto tenía lugar en el siglo I, porque en el II, pacificada la Iglesia de la Gran Bretaña por la conversión á la fe de su rey Lucio, comenzaron á edificar soberbios templos y á tener públicamente un culto digno de la Majestad del rey de los cielos.

Nuestra patria católica posee también criptas, semejantes á las catacumbas romanas, de las cuales nos habla el célebre poeta Prudencio; entre ellas merece especial mención, por ser la más notable, la de Sta. Engracia en Zaragoza. En una de sus urnas, que guarda los restos de la Sta., están esculpidos la negación de S. Pedro, el ciego de nacimiento, la resurrección de Lázaro y los símbolos de la Eucaristía, de los que hablaremos al final de este capítulo; la otra, que contiene las sagradas reliquias de diez y ocho mártires, posee también varias representaciones, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, mereciendo entre ellas especial mención la de la Madre de Dios subiendo á los cielos, en los que se deja ver entre blancas nubes la mano que la eleva, coronando el precioso cuadro los apóstoles Pedro y Juan que atónitos la contemplan en este misterio. Á esta cripta concurrían sin duda en los primeros siglos los cristianos españoles de aquella comarca, para ofrecer al Eterno Padre el Cuerpo y Sangre de su Hijo Santísimo; y no sólo hubo esta cripta, sino otras muchas que se conservan todavía en

(1) Hist. general de la Iglesia, tom. I, lib. IV.

(2) Annal. Britan. ann Christ. 60 y 63.

diversos lugares; lo cual podemos repetir de los otros países, pues era entonces costumbre general de hacer vida en las cuevas y cementerios para el objeto indicado, ya que por los edictos de los impíos césares, no podían hacerla en sus casas particulares, ni congregarse en sus templos católicos.

Los mismos Pontífices mandaron celebrar el Sacrificio de nuestros altares en las catacumbas, lo cual prueba una vez más, no sólo la costumbre que tenía la Iglesia universal de celebrar en las tumbas de los mártires, sino que esta costumbre se había convertido en ley general. Del pontífice Félix I, dice Anastasio: «Éste decretó que se celebrasen misas sobre los sepulcros ó memorias de los mártires». Decreto que fué dado con el fin de que las misas no se dijese sobre otro altar que sobre los que contenían reliquias de santos que hubiesen derramado su sangre por Jesucristo; y como hasta la paz de la Iglesia no había en ningún templo cuerpos de mártires, porque todos estaban enterrados en los cementerios, de ahí que decretase este pontífice que las misas se celebrasen en esas mismas necrópolis. El Papa S. Fabián I (1), para mayor comodidad y esplendor del Sacrificio, preceptuó que, en las catacumbas se construyesen muchas fábricas, las que según interpreta Sandelio (2), consistían en cámaras, ábsides y aras, para que sobre ellas se celebrase el Sacrificio.

Era tan universal la práctica de que nos estamos ocupando, que Aringo (3) no dudó consignar de ella lo siguiente: «Las cámaras sepulcrales canónicamente destinadas para los sagrados misterios, las mismas aras erigidas sobre los sepulcros de los mártires, las frecuentes asambleas de los cristianos y la recepción de la Eucaristía por los mismos, nos convidan á que digamos algo del augusto Misterio del altar. Los primitivos cristianos en verdad, merced á su devoción, refugiábanse en los cementerios como en asilos de la

(1) Hic multas fabricas per cœmeteria fieri præcepit. In libro Pontificale.

(2) De Christian. sinax., cap. 17.

(3) Roma subterr., lib. I, cap. 31.

Religión cristiana, ya que les acometía la ferocidad de los gentiles; en ellos recibían el sagrado Viático, á fin de disponerse para la cruel pelea que debían de emprender contra Satanás, si es que Dios era servido». Escribiendo S. Cipriano al Pontífice S. Cornelio, sobre la paz que se debía dar á los caídos, le dirigía estas palabras, dignas de grabarse con caracteres indelebles en las entrañas de todos. «No es necesario ahora que la paz se dé á los débiles, sino á los fuertes; no á los que mueren, sino á los que viven, se debe dar la comunión, á fin de que á los que excitamos y exhortamos á la batalla no les dejemos desnudos, sino que los habremos de armar con la protección del Cuerpo y de la Sangre de Cristo; y como para este fin se consagra la Eucaristía, con objeto de que pueda ser tutela de los que la reciben, por eso armamos con la fortaleza de la Eucaristía á los que queremos que estén seguros contra nuestros adversarios. Porque ¿cómo es posible que les enseñemos ó los excitemos á derramar la sangre por la confesión del nombre del Señor si les negamos su divina Sangre cuando han de entrar en la batalla? ¿Cómo les hemos de hacer idóneos para beber el cáliz del martirio, si primero no les admitimos en nuestra Comunión, á fin de que beban en la iglesia el cáliz del Señor? Nadie puede ser apto para el martirio si la Iglesia no le arma para entrar en batalla, y la mente desfallece cuando no habiendo recibido la Eucaristía pretende levantarse y encenderse... Por cuya causa, agradó á nosotros, por el Espíritu Santo que nos ilumina, y al Señor, por las repetidas y manifiestas visiones con que nos ha amonestado, recoger dentro de los campamentos á los soldados de Cristo, así como también prestar el arma á los que han de pelear», (1) la cual no es otra que la Eucaristía. Por esta última cláusula se colige que la carta de S. Cipriano á S. Cornelio fué el eco y resultado de los padres congregados en el Concilio Africano.

Tanta fué la rabia de los paganos contra los fieles; hasta

(1) Ep. 54.

un extremo tal llegó la cruel persecución contra la Iglesia, que el mencionado papa S. Cornelio se quejaba á Lupicino, obispo de Viena, de que ni aun se les permitía celebrar el santo Sacrificio en las criptas notorias, por los obstáculos que oponían los emperadores (1).

Después que la Iglesia de Jesucristo hubo recobrado la paz, no había ya tantos motivos para que se celebrasen los divinos cultos en los cementerios; sin embargo, poseemos datos verídicos que atestiguan lo contrario. La antigua práctica de celebrar la Misa en aquellos lugares, durante los tiempos de persecución, se había trocado en piadosa costumbre en los tiempos bonancibles. Por manera que á esos mismos lugares acudían los sacerdotes para tener el gran placer de solemnizar el Sacrificio sobre las tumbas de los mártires que tantos recuerdos les inspiraban. Ciertamente ¿qué es lo que no habían de inspirar aquellos sagrados cuerpos, regados con la sangre divina y triturados muchos de los mismos por la fe de Jesucristo? Si el olor á santidad atrae á los descarriados ¿qué efectos de esta especie no producirían aquellas reliquias venerables en los ministros del Señor y en los simples fieles, tan amantes del Cordero Inmaculado? Si los hechos no lo comprobaran, si no existieran documentos que acreditaran estas verdades, daría por muy probable que los cristianos corrieran á las tumbas de los mártires para ofrecer al Unigénito Hijo de Dios vivo en el Sacrificio de los altares.

Porque, en primer lugar, no estaba ordenado lo contrario, de modo que al llevar á efecto semejante práctica, era con-

(1) He aquí su carta: «*Cornelio, obispo de Roma, al hermano Lupicino, obispo de Viena*: Sepas, oh hermano carísimo, que el arca del Señor—la Iglesia—está vehementemente conmovida por el viento de la persecución, y que los cristianos son afligidos con tormentos varios por todas partes, pues para esto está constituido el emperador en la ciudad de Roma, de modo que, ni pública, ni aun en las criptas conocidas, es permitido á los cristianos, celebrar Misas. Exhorte por lo tanto, vuestra caridad á todos los que creen en Cristo que no teman á aquéllos que matan sólo al cuerpo, sino más bien á Aquél que tiene potestad de perder el cuerpo y el alma en el infierno. Muchos de los hermanos han sido ya coronados con el martirio. Ruega para que perfeccionemos nuestra carrera, revelada por Dios á nosotros, oh hermano. Ten buena salud en el Señor y saluda á todos los que nos aman en Cristo». (Biblioth. Veter. Patrum).

tinuar la costumbre que tres siglos había se ponía asiduamente en ejecución. En segundo lugar, el espíritu de la Iglesia consistía en que el Sacrificio incruento se celebrase sobre reliquias de cristianos que hubiesen dado victoriosamente su vida por Cristo, y en ningún lugar mejor que en las catacumbas se podía dar cumplimiento á este deseo de la Iglesia. Finalmente, ningún lugar mejor que los cementerios inspiraba la devoción, tan laudable en el que la pueda obtener, pues era difícilísimo que, pasando por el lado de un mártir, no se conmoviese el espíritu, recordando las horribles tragedias que por el Redentor experimentara.

Después de la paz de la Iglesia, prosiguió en las catacumbas la práctica de celebrar con bastante frecuencia. El pontífice Juan III (mediados del siglo VI) ordenó que en las catacumbas se celebrase todos los domingos el Sacrificio y se ministrasen las luces necesarias para el esplendor del culto (1); y de Sergio I, también Pontífice Máximo, se refiere que, durante su presbiterado, iba á los cementerios y celebraba en ellos el Sacrificio de nuestros altares. Á ejemplo de este papa se podían aducir otros testimonios.

198. En las catacumbas se celebraban asimismo, los agapes, las asambleas particulares, sagrados órdenes y concilios; de todo lo cual poseemos riquísimos datos que nos llevan al convencimiento. Los agapes tenían lugar una vez percibida la Comunión sagrada. Como en aquellos cementerios reposaban felizmente los cuerpos de los héroes de la Iglesia, los agapes eran solemnizados principalmente en el natalicio de los mártires. Que así fuese, lo confirman los frescos hallados en los mismos cementerios, S. Juan Crisóstomo en su homilía 40 al pueblo, Sandelio (2) y otros escritores.

199. De las asambleas particulares y concilios prestan notable testimonio las actas de S. Esteban. Cuando comenzó á arrear la persecución de los emperadores Valeriano y Galieno, S. Esteban congregó todo su clero en la cata-

(1) Constituit ut oblationes et amulæ vel luminaria in eadem cœmeteria per omnes dominicas ministrarentur. Liber pontific. in Joan III.

(2) De christian. sinax., cap. 17.

cumba Nepociana y le dió celestiales instrucciones, animándole para el martirio. Al día siguiente tuvo lugar un verdadero concilio, ya que el mencionado pontífice ordenó las cosas de la Iglesia, encargándolas á tres presbíteros, á siete diáconos y á diez y seis clérigos: acto continuo habló del reino de Dios á todos los congregados en número considerable, acompañándoles algunos gentiles que acudían también á las catacumbas para oír al Pontífice y ser bautizados por él.

200. También se conferían los sagrados órdenes; el teatro de este venerable Sacramento, fueron principalmente los cementerios del Vaticano y de Calixto, en los cuales habitaron los papas durante la persecución, soliendo conferir los órdenes por Diciembre.

201. Réstanos ocuparnos de los frescos hallados en las catacumbas, en los que está simbolizada del modo más elocuente la Eucaristía. Seguiremos en esta parte al erudito Martigny, quien trata felizmente semejante materia. Demostremos en el primer Tratado, que algunos hechos históricos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, eran un bello y perfectísimo emblema del Augusto Sacramento del Altar. Entre ellos el maná, la casa que edificó la Sabiduría, el milagro realizado en las bodas de Caná, la multiplicación de los panes y los peces y el festín improvisado á orillas del mar de Tiberiades, son otras tantas perfectas figuras del Misterio Eucarístico; por cuya razón, al esculpir y pintar nuestros padres, delante de los sepulcros, los mencionados pasajes bíblicos, tuvieron un noble ideal reconocido por los Santos Padres y anticuarios escritores, á saber: recordar los mismos pasajes, é indicar lo que alegóricamente significan.

Efectivamente; las catacumbas eran á menudo visitadas por los paganos y continuamente por los catecúmenos; mas á ninguno de éstos era permitido en manera alguna descubrir el Misterio de la Eucaristía; por cuyo motivo las representaciones de este alto Sacramento no debían ser muy claras, á fin de que aquéllos, al pasar por ante los sarcófagos cris-

tianos, no viniesen en conocimiento del sacramento Santísimo. Así sucedía en efecto; mas no por eso los fieles, que conocían ya el emblema que encerraban, dejaban de tributarlo al fin superior y altísimo, por cuyo motivo se esculpieran ó pintaran.

De los símbolos referidos, corresponde el primer lugar al *maná*. Los cementerios de Priscila y Calixto ofrecen dos frescos semejantes, colocados á los lados de un arcosolium. Uno de ellos representa á un personaje de pie indicando con la mano siete cestitas que, según veremos, representan á la Eucaristía; y el otro, caracterizando este mismo personaje, hace salir agua de una roca con la vara que lleva en una mano, mientras que con la otra indica *gomores* llenos de maná. Á la izquierda de la primera escena hay un varón conforme al tipo tradicional del Salvador, que levanta la mano derecha en señal de alocución, mientras que en un paño doblado de su capa lleva seis panes cortados en cruz; á la derecha está la Samaritana sacando agua del pozo. Nadie dejará de vislumbrar á la Eucaristía en estas representaciones; pues estos panes, cortados en cruz, no son otra cosa que el Pan eucarístico que el mismo Señor concede gratuitamente á los fieles; y el agua de la Samaritana simboliza el agua de la vida eterna que subsiste en la Eucaristía. Ahora bien; estos dos símbolos eucarísticos completan el cuadro, encerrando al otro símbolo, á saber: el maná, porque el verdadero maná es el pan bajado del cielo; de modo que en un mismo lugar existen tres emblemas de la Eucaristía. En Marsella se ven dos tumbas con la misma representación, habiendo además dos israelitas llevando un racimo de uvas; todo lo cual significa la Eucaristía bajo ambas especies (*Fotografado 27*).

La casa que edificó la Sabiduría para sí, es la segunda representación de la Eucaristía, existente en las catacumbas. Bosio la descubrió en el cementerio de los Stos. Marcelino y Pedro. Se ve en ella á una sola mujer con la cabeza cubierta y vestida de una simple túnica. Dicha mujer está sentada junto á una mesa cuadrada que está cubierta con un man-



Fotografado 27.

Multiplicación simbólico-eucarística de la Eucaristía.—Fresco de las catacumbas en la vía Ardeatina (1).

tel, encima del cual se descubren tres panes con otro número igual de tazas y una ánfora; aquélla hace con la mano derecha un movimiento de invitación y con la izquierda toca el borde de la ánfora, indicando la bebida que contiene y que desea distribuir. En ambos extremos de la mesa hay un joven servidor que se mantiene de pie. Uno de éstos presenta una copa á un varón, cuyos hombros lleva cubiertos con una pénula y tiene un bastón en la mano, y el contrario llama con la mano á otro personaje, semejante al anterior en el vestido y actitud. El abate Polidori y Martigny ven en este cuadro un símbolo de la Eucaristía, cimentado sobre el capítulo IX del Libro de los Proverbios, donde se dice que la Sabiduría edificó para sí una casa, la Iglesia: á la cual representa la mujer vestida con una túnica; que preparó una mesa y mezcló el vino: idénticamente como se dibuja en el cuadro; y que envió á sus servidores para que invitasen á comer y beber de los alimentos puestos sobre la mesa: todo lo cual está representado por los servidores del referido cuadro.

(1) Facsimile del autor.